



La Gaceta de Cuba, La Habana, mayo de 1989, pp. 12-15

Criterios: una ventana al mundo

Desiderio Navarro

Palabras de inauguración del II Encuentro Internacional de Criterios, pronunciadas el 6 de febrero de 1989, en La Habana, por el entonces presidente de la Sección de Crítica e Investigación Literarias de la UNEAC.

En el principio fue el número 100 de *La Gaceta de Cuba*, correspondiente a febrero de 1972. Ése fue un número especial dedicado íntegramente a los «Problemas de la crítica y de la ciencia literarias». Ciertamente es que ya un año antes, en enero de 1971, habíamos empezado a publicar en la propia *Gaceta* y en la revista *Unión* traducciones de textos teóricos literarios de Todorov y otros autores franceses, pero sólo con ese número se creó en la primera la Sección de Ciencia y Crítica Literarias, que desde su inicio llevó el nombre de **Criterios**. Hoy, exactamente diecisiete años después de aquel primer número, nos viene a la mente la desfavorable acogida que, en líneas generales, tuvo aquella intrusión masiva de la más reciente teoría literaria en el órgano de la UNEAC. Y no precisamente porque abundara y sobrara la información teórica en aquellos tiempos. Aquel número, preparado con más entusiasmo que información (la que era muy difícilmente accesible en aquel entonces, por diversas razones), iba al encuentro de necesidades planteadas anteriormente, entre otros, por varios críticos cubanos en las páginas de la propia *Gaceta*, al responder a la encuesta «Crítica a la crítica». El editorial que encabezaba aquella entrega, recordaba que esos críticos habían subrayado «la apremiante necesidad de superar en el dominio de la crítica la improvisación, la desinformación, la incoherencia, superficialidad e inadecuación de metodologías —cuando no ausentes— de las que adolece buena parte de los textos críticos publicados»; y que «a aquel

2 *Desiderio Navarro*

que se propone realizar una labor crítica se le plantean las mismas exigencias de formación e información que al ingeniero petrolero o al cardiólogo».

Sin embargo, todavía recuerdo con qué aflicción el poeta Luis Marré, por entonces jefe de redacción de *La Gaceta de Cuba*, se lamentaba de que casi todo el medio intelectual lo criticaba por haber permitido la publicación de ese «ladrillo intragable», y también recuerdo qué alivio representaron para él dos excepcionales valoraciones positivas del número: las de Mirta Aguirre y Roberto Fernández Retamar. Por cierto, en aquel entonces tuvo una recepción análoga la publicación de varios textos afines por las revistas *Santiago* y *Casa de las Américas*. De todos modos, *Criterios* no se quedó en la publicación aislada o esporádica de tales trabajos teóricos y emprendió lo que sería una constante de su accidentada existencia: una tenaz lucha por la continuidad y el crecimiento, por la actualidad, el nivel científico y la variedad geográfica y metodológica de las concepciones divulgadas.

Hoy, cuando los ejemplares de *Criterios* se venden como pan caliente en cualquier lanzamiento, cuando están entre los más solicitados en las bibliotecas, cuando los trabajos en ella publicados sirven como textos de estudio en las universidades y otros centros docentes superiores del país, son reproducidos por otras editoriales nacionales y extranjeras, y son citados en libros, artículos y tesis por los más diversos estudiosos, y, sobre todo, cuando hace varios días, alarmados ante la desproporción entre la capacidad de las salas escogidas y la afluencia de cientos de personas interesadas, nos vimos en la triste pero imperiosa necesidad de poner límite a las inscripciones para algunos ciclos de este encuentro, hemos comprobado que valía la pena continuar aquella empresa a lo largo de tantos años, en medio de tantas dificultades de orden material y de tantos obstáculos de origen subjetivo, que explican las largas interrupciones y demoras, los números cuádruples, la baja tirada, los irregulares mecanismos de distribución y otras deficiencias que, con toda razón, nos han señalado sus lectores nacionales y extranjeros.

A pesar de todo, como sección de *La Gaceta de Cuba*, como modestísimo boletín mimeografiado o como presentable revista, *Criterios* ha publicado hasta hoy, en traducción de 13 idiomas, un total de 82 textos de 70 autores de 15 países de Europa socialista, Europa occidental, América del Norte y el Cercano Oriente. Textos no sólo de teoría literaria, sino también de teoría de las artes plásticas y de la música, de estética y culturología. Textos de los más importantes teóricos de nuestros días, la mayoría

de ellos allí presentados por vez primera en nuestra lengua: desde Bajtín y Lotman hasta Flaker y Schlenstedt, desde Mukarovsky y Vodicka hasta Dubois y Marin, desde Eco y Bürger hasta Markiewicz y Slawinski, en versión directa de su lengua original —tratárase del inglés o del ruso, del húngaro o del serbiocroata. Y un Primer Encuentro Internacional de Criterios, en el que ofrecieron conferencias nueve investigadores literarios extranjeros —entre ellos, personalidades teóricas de la talla de Lotman, Culler, Schulte-Sasse, Jameson, Dubois y Durisin.

Sin embargo, en contra de lo que pudiera esperarse, en esta propicia ocasión para la complacencia no hemos venido a decir que es enorme, o siquiera mucha, la información que *Criterios* ha suministrado a los críticos, investigadores, profesores y estudiantes universitarios sobre los problemas teóricos y metodológicos actuales de la literatura, el arte y la cultura, sobre las innumerables propuestas y discusiones que al respecto se vienen realizando en el extranjero. Nada sería más fácil y más deshonesto que acogerse aquí a las valoraciones por comparación, en términos relativos.

No, venimos a decir y recalcar precisamente todo lo contrario: lo cierto es que, en términos absolutos, *Criterios* no ha podido más que publicar una pequeñísima, una ínfima parte de lo mucho que es necesario traducir y divulgar entre nuestros especialistas y demás interesados, o, viendo las cosas también desde otro ángulo, de lo mucho que es necesario que nuestros especialistas y demás interesados traten de leer en sus lenguas originales.

Insisto en esta precisión, tal vez decepcionante para algunos, porque, lamentablemente, a menudo nos ha tocado ver a personas ya del todo satisfechas con la información que han podido leer en *Criterios* y en *Textos y contextos* y otras publicaciones recientes de la editorial Arte y Literatura. Y lo más terrible de la falta de información no es que la persona no sepa, sino que ni siquiera sabe cuánto no sabe, ni siquiera se imagina cuánto ignora de lo mucho de valioso, aprovechable o, simplemente, estimulante, que se ha producido en otras lenguas en el resto del mundo. Así, a veces cree que el mundo teórico termina allí donde terminan sus lecturas locales, y piensa, con triste ingenuidad o grotesca autosuficiencia, que ya ha leído todo, casi todo, lo principal o lo indispensable, y, por ende, que lo que se ha publicado o circula en español entre nosotros es bastante.

Desilusionando aún más a ciertos admiradores de *Criterios*, agregaré que resulta utópico pensar que en Cuba se traducirán y publicarán siquiera las obras teóricas extranjeras de primera magnitud que figuran ya en el acervo mundial y cuyo número crece en progresión geométrica con cada

4 *Desiderio Navarro*

año que pasa (si enorme es el número de obras cumbres actuales de teoría literaria y estética que aún no hemos traducido y publicado, mucho mayor es el de las obras cimeras de teoría de las artes plásticas, del teatro, del cine, de la danza, de la música y de la televisión, que brillan por su ausencia en nuestra lengua). Y ello resulta utópico por muchas razones poderosas; y entre ellas, además de las relacionadas con el papel y la industria poligráfica, la preponderante es que en nuestro país los traductores de la mayoría de las lenguas implicadas son aún muy escasos, o, para ser exactos, son cada vez más escasos, y, en general, nuestros traductores rara vez poseen la imprescindible formación especializada para la comprensión y traducción correctas de las complejidades terminológicas y conceptuales que abundan en los textos más representativos de la Babel teórica de nuestros días. (Dicho sea de paso, esta grave carencia nuestra, que fue abordada en el pasado Congreso de la UNEAC, es propiciada a largo plazo hasta por factores económicos, pues se perciben honorarios idénticos o semejantes por traducir bien 100 páginas de *El inconsciente político* de Jameson y de *Los diez negritos* de Agatha Christie, de *Sobre la cognición de la obra literaria* de Ingarden y de *Cuatro tanquistas y un perro* de Przymanowski.) De esto se infiere que cada uno de nuestros investigadores y críticos ha de estudiar algunas de las grandes lenguas de las ciencias culturales de hoy, tal como los matemáticos, químicos e ingenieros de nuestras universidades estudian inglés para leer buena parte de la bibliografía de su especialidad. Y justamente cuando cierto número de nuestros críticos e investigadores haya aprendido, cada cual, siquiera una de esas lenguas, con ellos podremos resolver el problema de la escasez de traductores especializados. No de otra forma se ha resuelto en otros países socialistas.

Tal vez sea ésta la mejor oportunidad para aclarar que el objetivo último de la publicación de traducciones en *Criterios* no es ahorrarles a nuestros especialistas ese aprendizaje, sino, por el contrario, entusiasmarlos con él, al mostrarles sólo un «avance» de las enormes riquezas que podrían disfrutar por sí mismos, esto es: sin más intermediarios, de acuerdo con sus intereses personales y con toda la amplitud que quisieran. Para hablar con propiedad: por lo menos con la amplitud que se lo permitan los magros fondos especializados de las bibliotecas locales o el éxito de sus gestiones personales de canje internacional. Así pues, el ideal supremo de la revista *Criterios* sería el de volverse cada vez menos necesaria —por lo menos para un número creciente de nuestros especialistas y estudiosos—

como mediadora en el contacto de éstos con lo más actual de la teoría artística, estética y cultural que se produce en otras lenguas.

Criterios debería poder dedicarse plenamente a la tarea de presentar la actualidad teórica más candente, de informar de inmediato sobre las novedades internacionales en estos dominios, tarea que, por obvias razones de ritmo de producción, una editorial no puede asumir. En cambio, la publicación de libros enteros, de obras teóricas que son ya clásicos contemporáneos, de recopilaciones panorámicas o de obras de consulta, es algo que *Criterios* difícilmente puede hacer. De ahí que, para nosotros, nada más importante que una estrecha colaboración con la Redacción de Teoría y Crítica de la Editorial Arte y Literatura, colaboración que ya ha dado sus frutos en ediciones como la serie *Textos y contextos*, cuyo segundo tomo aparecerá este año, y tendrá otros como la futura serie *Imago*, equivalente de *Textos y contextos* en el dominio de la teoría de las artes plásticas, o la selección de textos de *Poética* de Tzvetan Todorov, o la de estudios de Henryk Markiewicz sobre literatura, ideología y sociedad.

Al inicio recordamos la desfavorable acogida que tuvo el nacimiento de *Criterios* y, más tarde, mencionamos la existencia de obstáculos de origen subjetivo que la revista ha encontrado en uno u otro momento de estos diecisiete años. Cierto es que, con sólo recorrer con la vista esta sala, se comprueba que algunos de esos factores subjetivos han perdido casi del todo su fuerza, y que, en cambio, otros permanecen bien vivos, latentes, forcejeando por imponerse de nuevo a la primera ocasión. Puesto que esos factores conspiran no sólo contra la actividad y recepción de *Criterios*, sino, en general, contra la divulgación, el estudio y el aprovechamiento del acervo teórico internacional, es preciso que en esta ocasión los señalemos por sus nombres.

En primer término, enumeraré algunos de orden psicológico que influyen a menudo sobre el comportamiento de algunos de nuestros críticos, investigadores, profesores y estudiantes universitarios, propiciando una lamentable subutilización de talentos. Hace casi una década los señalé a propósito de algunos especialistas literarios, pero valían y valen hoy también para más de un especialista en los dominios de las artes, de los fenómenos estéticos y de la cultura en general. A continuación reformularé aquella lista de factores psicológicos negativos:

—el sentirse —como críticos e investigadores— más creadores literarios que científicos, más parientes del poeta que del sociólogo, el lingüista o el psicólogo;

6 *Desiderio Navarro*

—uno de los siete pecados capitales: la pereza;

—una reacción tal de desdén al encuentro de las difíciles ciencias artísticas, literaria, estética y culturoológica de nuestros días, que hace recordar la fábula de la zorra y las uvas;

—el afán chauvinista o egotista de «inventar» y «descubrir» sin lecturas, sin influencias ajenas, a riesgo de inventar el velocípedo y descubrir el Mediterráneo;

—una reacción evasiva que tiene su fuente en el temor a tener que reconocer — siquiera callando y así otorgando — la necesidad de reemplazar o ampliar el aparato conceptual y metodológico que se comprende y domina, con teorías y métodos científicos actuales de cuya pronta y fácil comprensibilidad y manejabilidad se tienen dudas;

—la extrema superficialidad de un interés muy intenso por las ciencias culturales de hoy, que se agota en su cotidiana expresión verbal, sin llegar nunca a materializarse en una ávida búsqueda y lectura de bibliografía, ni en la asistencia a actividades de divulgación científica especializada; y, por último,

—el ansioso empeño en hallar una especie de Corán estético, científico-literario, etc., un solo libro que contendría la única Verdad, los únicos conocimientos necesarios y ortodoxos, que daría la confortable seguridad de sentirse apoyado por una autoridad responsable, y que no sólo eximiría de la lectura del resto de la bibliografía mundial de la especialidad, sino que haría posible decir respecto a éste algo semejante a lo que, según cuenta la leyenda, dijo el Califa Omar ante la Biblioteca de Alejandría: si estos libros dicen lo mismo que el Corán, entonces son inútiles y pueden ser quemados, y si dicen otra cosa, entonces son dañinos y deben ser quemados.

Pero, en mi opinión, no fueron ni son éstos los factores que más conspiran contra la divulgación, estudio y aprovechamiento del acervo teórico mundial. A éstos se los hallará en otra esfera: la de las ideas. En efecto, se trata de ciertas concepciones erróneas sobre la naturaleza y el papel de la ciencia, de la teoría, de la metodología marxista de la investigación científica, etc., algunas de las cuales, en uno u otro momento, han llegado a predominar en la vida cultural del país.

En primer término, habría que mencionar el *antintelectualismo* de ciertas personas, incluidos, por paradójico que parezca, algunos intelectuales; el recelo y la hostilidad hacia el Otro pensante, no repitiente, hacia el Otro que razona por cuenta propia y se arriesga así a cometer sus propios

errores, hacia el Pensar mismo, capaz de conducir a un Pensamiento diferente. Esta tendencia ha estado íntimamente ligada a lo que he llamado el ideologema estético de la disolución del sujeto creador individual, cuya influencia en el pensamiento estético y la práctica artística de los años 70 fue muy grande.

En segundo término, es preciso señalar la *anticientificidad*, que, a menudo bajo la capa de un anticientificismo, arremete contra la posibilidad, la necesidad y la utilidad de un acercamiento científico a los fenómenos artísticos, estéticos y culturales. Tales ataques han sido realizados desde posiciones muy diversas: el intuicionismo irracionalista, el impresionismo que hace ley y dogma del gusto personal, un agnosticismo que ve el arte como misterio inaccesible, y, por último, un escolasticismo que hace de la autoridad de los Santos Padres de la tradición la única fuente del saber. Un duro golpe para estas posiciones fue la Tesis «Sobre la cultura artística y literaria», aprobada en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en la que se expresa categóricamente: «La crítica literaria y artística debe partir del estudio científico de las obras de arte».

Pero con no menor intensidad se ha manifestado una tercera tendencia: la *actitud antiteórica*, y ello incluso entre partidarios del estudio científico del arte y la cultura. Estos últimos han sostenido esa actitud desde las posiciones de un empirismo y un positivismo decimonónicos, nada deseosos de ir más allá de las clasificaciones y generalizaciones empíricas más primarias. Resulta interesante observar que, ante el incremento del prestigio de la teoría y del interés por ésta registrado en los últimos años, ha aparecido un nuevo tipo de antiteórico: el antiteórico vergonzante. Éste, primero, se quita el sombrero ante la teoría, reconoce brevemente su importancia y utilidad, y, acto seguido, trueno por largo rato, en tono apocalíptico y desalentador, contra los peligros de la teoría, de la subestimación del material concreto por la teoría, llamando engañosamente «teoría» a lo que, en realidad, no es más que teoricismo y especulativismo. Y todo ello como si entre nosotros la situación real actual de nuestros estudios del arte y la cultura fuera la de una generalizada e intensiva aplicación de la teoría, y no exactamente la contraria. Si hay peligros, el más inmediato es, por ahora, el de que nos detuviéramos o retrocediéramos en esta paulatina salida del empirismo, el positivismo y el impresionismo en que hemos estado sumergidos.

Otro tipo de personaje de nuestra vida cultural que resulta aún más interesante es el teórico antiteórico. Este trueno contra la teoría *en general*,

pero como único argumento contra ésta —si da alguno— esgrime tales o cuales errores prácticos asociados a una teoría *particular*, como si la teoría en sí misma fuera culpable de las malas teorías existentes o de las malas aplicaciones de las buenas teorías. No se atreve a polemizar con los clásicos ni con los más destacados pensadores extranjeros de hoy, pero satiriza el estudio sistemático de sus obras por parte de tales o cuales pensadores locales, como si cualquier eventual error de estos últimos se produjera necesariamente a causa del conocimiento de las ideas expuestas en esas obras y no a consecuencia de su aplicación incorrecta, su no aplicación o la no comprensión de las mismas.

Pero su «antiteoricismo» no es tal en realidad: tan pronto termina su negación en bloque de la teoría, nuestro «antiteórico» empieza a exponer... *su propia teoría*, sólo que presentada no en términos y enunciados científicos, sino en un lenguaje coloquial, poético, oratorio o ensayístico ligero. Resulta evidente entonces que esa negación sólo tiene por objetivo descalificar *a priori*, sin argumentación alguna, todas las teorías particulares ajenas ya existentes, imponer la suya propia como la única verdadera en el vacío creado, y descalificar *a priori*, sin contraargumentación alguna, toda crítica ajena teóricamente fundamentada a esa teoría propia.

Una de las ideas erróneas que han concernido más directamente a *Criterios* es la de la existencia de un único Método marxista (identificado con el acercamiento sociogenético o con el gnoseológico), idea que conduce a que todos los demás métodos sean condenados apriorísticamente como falsos y antimarxistas, y a que todos los intentos de integración de métodos sean rechazados como pluralistas y revisionistas. Así, la *Teoría literaria* de Wellek y Warren podía ser declarada *a priori* un engendro del anticomunismo internacional, y la divulgación de una «variedad de enfoques» podía ser presentada como un acto de diversionismo ideológico. Sobre esa base, hubo quien llegó a condenar a *Criterios* desde su título mismo: ¿cómo era posible que estuviera en plural? No voy a repetir aquí la extensa argumentación que me vi obligado a desplegar contra esas ideas en mi trabajo «Premisas y dificultades para una crítica literaria científica».* El hecho mismo de que *Criterios* haya podido crecer y multiplicarse en calidad y número y en eventos como éste, es una demostración de que entre nosotros se ha extendido la idea de que la metodología de las ciencias culturales

* En *Unión*, La Habana, n° 3, julio-septiembre, pp. 186-213; reproducido en *Nuevos críticos cubanos*, selección y prólogo de José Prats Sariol, La Habana, 1983, Letras Cubanas, pp. 590-623.

marxistas supone precisamente la integración, sobre una base materialista dialéctica e histórica, de todos aquellos métodos que aborden los diversos aspectos objetivamente existentes de la compleja realidad cultural, y de que una de sus principales tareas es integrar todo nuevo enfoque válido, librándolo de reduccionismos y aislacionismos, y rescatándolo también de pluralismos y eclecticismos.

A la idea de la existencia de un único Método marxista ha estado ligada otra concepción hostil a la difusión y aprovechamiento de buena parte de la producción teórica mundial: la que el estético búlgaro Iván Slávov ha llamado, siguiendo a Engels, «principio de Gribul». Ella da por sentado que el pensador marxista debe afirmar automáticamente lo contrario de lo que plantean los pensadores no marxistas. Así, tal como en otro tiempo los ideólogos dominantes en el pensamiento comunista negaron del todo la genética y la cibernética por su procedencia burguesa, los marxistas de hoy, según esta concepción, deberían rechazar en bloque el estructuralismo, la semiótica, la hermenéutica, la teoría de la recepción y toda otra teoría que hubiera surgido de la pluma de autores burgueses. Los que así razonan, en su lucha contra la dependencia del mimetismo, del pensar lo mismo que otro piense, caen en la dependencia de un mimetismo invertido: el de pensar automáticamente lo contrario de lo que otro piense.

Por último, otro factor negativo fue que la superación del occidente-centrismo teórico de los años 60 se vio acompañada, en los años 70 y principios de los 80, por la extrapolación y canonización de algunas teorías dogmáticas de ciertos países socialistas europeos, hoy día ampliamente criticadas en esos mismos países.

Hace poco más de un mes, el co. Carlos Rafael Rodríguez, en sus palabras en el acto de entrega del Premio de la Crítica 1987, del cual fue uno de los merecedores, recordaba lo que llamó «sinsabores y angustias» de una época pasada de nuestra Revolución. Y formuló así las razones que tenía para ellos: «El sustrato mundial apenas aparecía, no constituía un punto de referencia. El pasado era lo abominable, y el mundo externo el enemigo». También *Criterios*, dedicada precisamente, de manera exclusiva, a la divulgación de teóricos del mundo externo, supo de esos sinsabores y angustias. Pero también podemos suscribir lo que el ensayista dijo seguidamente sobre nuestro presente: «Vivimos en un entorno mayor, sin el cual nos asfixiaríamos en la propia estrechez. Por eso nos solazamos de que la crítica ardorosa y primitiva de aquellos años haya regresado hoy — a partir de lo nacional y afincada en él — a la referencia cultural y al univer-

salismo». Parafraseando otra afirmación suya de aquella noche, diríamos que no se trata de guiarse por Wellek, Barthes o Jakobson, o de seguir a Mukarovsky, Jauss o Escarpit, pero sí de no olvidarlos, de tenerlos como un antecedente, aunque lejano, necesario. Y vemos con regocijo que por esos caminos está ya andando el quehacer crítico de la Revolución.

Hoy día, la fuerza de los mencionados factores negativos de carácter subjetivo se ha reducido grandemente y vemos cómo se abre paso la avidez de ideas nuevas, de información teórica actual, de visiones multilaterales y complejas de la realidad artística y cultural, de explicaciones convincentes y juicios competentes sobre la nueva creación que rompe los marcos de las definiciones y teorías tradicionales y evidencia la historicidad de las categorías mismas del pensamiento científicoartístico, estético y culturalógico. En medio de la mundialización del mundo anunciada por Marx, y de la intelectualización de la sociedad prevista por Lenin y Lunacharski, se abren paso la idea de la cultura del diálogo y el principio leninista de la tolerancia estética. Y para las ciencias marxistas del arte y la cultura en particular, se abre el camino de la integración, que no es el del pluralismo relativista. Este último es una coexistencia pacífica, indiferente, de métodos y enfoques contradictorios con idéntico status de verdad científica. La integración es una coexistencia crítica, asimiladora y descartadora, jerarquizante, en el marco de una búsqueda común de la verdad. Su tolerancia no es la de la indiferencia, es una tolerancia dialógica, crítica e incluso polémica, que escucha al otro y permite la interacción de las ideas propias y ajenas. Es preciso subrayar, con Bajtín, que «el relativismo y el dogmatismo excluyen por igual toda discusión, todo diálogo auténtico, haciéndolos ora inútiles (el relativismo), ora imposibles (el dogmatismo)». Y, por cierto, la vida me ha enseñado que nadie recurre más presurosa y gustosamente al relativismo que el dogmático cuando ve que las argumentaciones de sus adversarios han demostrado la falta de validez de sus dictámenes teóricos.

No quisiera terminar esta intervención sin referirme brevemente a ciertas opiniones que algunos plantean con miras a un mejor aprovechamiento de la divulgación de las ideas teóricas internacionales, y que otros esgrimen en contra de esa divulgación. Se señalan críticamente el snobismo y el diletantismo, la persecución de la moda y el afán de estar al día que se hallan asociados a muchas manifestaciones de interés por la teoría. Ante todo, hay que decir que el valor científico intrínseco de una teoría no está condicionado por el uso que hagan de ella tales o cuales personas. El sno-

bismo y el diletantismo —que también la teoría política marxista ha padecido, sin perder por ello un ápice de validez— no son más que un tanto por ciento tal vez inevitable de pérdidas en el proceso de producir una masa de buenos críticos, investigadores y conocedores. Por otra parte, la moda es un fenómeno psicológico-social ambivalente: lo mismo sirve para propagar teorías deficientes que teorías muy valiosas, lo mismo para estimular la crítica de una teoría superada, que para impedir la crítica y autocritica de una teoría superable. Y, por último, respecto al afán de estar al día en el dominio de la ciencia, sólo diré que es algo que siempre agradezco a la medicina cubana cada vez que entro en un hospital como paciente, algo que, por lo demás, también mostraron Marx y Martí en sus respectivos días, con resultados que todos conocemos.

Menos comprensible y perdonable me resulta el que se trate de descalficar a un público joven interesado en la teoría —fundamentalmente artistas, estudiantes y profesionales noveles— por las dificultades que muestra a menudo para articular un discurso conceptual propio y coherente sobre su propia obra artística o sobre sus preferencias estéticas. Si ello ocurre en estos momentos es, sobre todo, porque muchos de ellos sólo en los últimos tiempos han tenido acceso a ese «entorno mayor, sin el cual nos asfixiaríamos en la propia estrechez», del que habló el compañero Carlos Rafael. Y la tarea de los que ya no somos jóvenes y hemos tenido acceso a más amplios horizontes de ideas, es justamente preparar lo mejor posible a los que nos van a superar, darles todo lo necesario para que nos superen, asegurarnos de que nos superen, y, cuánto más nos superen, más sentido y valor tendrá nuestro trabajo de hoy. Pues somos puente y no meta, escalón y no cumbre.

Por lo demás, también para los que ya no somos jóvenes en los trajes y luchas de la ciencia, valen aquellas certeras palabras del desaparecido Raúl Roa:

La verdadera superación carece de límites. Sólo tiene límites para quienes la utilizan como trampolín o consigna. Para éstos usualmente ha concluido donde termina la satisfacción de sus intereses. La verdadera superación es una ventana abierta al flujo ondeante de la vida.

Que el II Encuentro Internacional de Criterios que hoy inauguramos, fruto singular de la estrecha colaboración de la UNEAC, la Casa de las Américas, el Ministerio de Cultura y la Universidad de La Habana, sirva

12 *Desiderio Navarro*

para que se mantengan abiertas, de par en par, las ventanas de la superación y el diálogo. ¡Y que pase el flujo ondeante de la vida intelectual mundial!